

("España", Madrid, 1 julio 1922)

EL IRREVOCABLE VULGO PROGRAMÁTICO

POR

MIGUEL DE UNAMUNO



Sabemos de un catedrático de Matemáticas que suele decir que aunque él enseña «eso de la inconmensurabilidad»— «¡qué remedio! ¡es la ciencia ortodoxal!», añade—no cree en ella. No le cabe en la cabeza—lo que nada tiene de extraño, por lo demás—que pueda haber dos magnitudes—longitudes, áreas, volúmenes, lo que fuesen—que no tengan una medida común, por pequeña que ésta sea. Y, sin embargo, la inconmensurabilidad es lo normal y corriente.

Mas conviene hacer aquí notar que es tal en nuestro país la ignorancia respecto a estas—y a todas las demás—cosas, que en el lenguaje corriente de la prensa y de los mítines, en el lenguaje del irrevocable vulgo alfabético, inconmensurable quiere decir lo mismo que inmenso. Y es que para las más de nuestras cabezas—no decimos mentes y menos espíritus—, inconmensurabilidad no quiere decir nada. Como que aún anda por ahí gente tras de la cuadratura del círculo.

Las más de las inteligencias con que hemos tenido que ponernos en contacto son del tipo que llamaríamos democritiano; lo comprenden todo a base de átomo rígido—muy pequeño, todo lo pequeño que se quiera, pero indivisible, impenetrable y de una densidad infinita—y de vacío. Son, en rigor, materialistas. El tipo mental que se podría llamar heraclítico, el que concibe el mundo en flujo y en función, en transición y en matiz, dinámicamente apenas si le hallamos. Lo mismo en ciencia, en arte, en filosofía, en historia y en política. Si bien la política no es más que historia.

Nuestros historiadores y nuestros políticos calculan por sistema métrico decimal. Y en cuanto les sale una fracción periódica siquiera ya están perdidos. Los vocablos de que se sirven—vocablos, que no conceptos—son atómicos, en el sentido de que son indivisibles e impenetrables. Y quieren que sean conmensurables entre sí. Democracia, liberalismo, unitarismo, federalismo, socialismo, comunismo, republicanismo, monarquismo, etc., etc. Palabras, palabras y palabras? No, sino pedruscos, palabras y pedruscos. ¡Y a eso se le llama ideas!

Desde que en 1900 escribimos nuestro ensayo *La ideocracia* venimos, con una persistencia que parece veleidad, predicando la misma doctrina y aplicándola en variadísimas formas. Y las cabezas democritianas—cabezas de rebaño para formar partidos con programas conmensurables unos con otros y con ideas fijas—las cabezas democritianas de nuestro irrevocable vulgo alfabético sin acabar de entenderlo. Acaso porque su lenguaje—lenguaje hecho—y el nuestro—lenguaje siempre haciéndose—no son comprensibles entre sí. Porque ¡es tan difícil entenderse con un dogmático, siquiera sea un dogmático de la duda!

«Diga usted—nos dijo—, ¿cree usted en Dios?» «Hombre—le respondimos—, para contestar a eso como el Catecismo dice: sí o no, es preciso que primero nos pongamos de acuerdo respecto a lo que vamos a entender por *crear*, por *Dios* y por *en*.» Y el hombre: «Bueno, bueno, con piruetas y paradojas a mí no. ¡Usted no es más que un cuco!» Y el pobre gorrión se nos fué muy enfadado. Pensamos luego si era un jefe de estadística religiosa que venía a clasificarnos, metiéndonos luego en la casilla de *ateos* o en la de *deístas*.

Nuestros democritianos y conmensurables del irrevocable vulgo alfabético que engrosa los partidos programáticos y verbales le llaman a todo esto que predicamos confucionismo. Para ellos, que saben a lo sumo aritmética y que manejan bien el sistema métrico decimal, el cálculo infinitesimal es confusión pura. Y el sentido histórico aplicado al saber de las cosas del espíritu, aplicado sobre todo a la política, que no es más que historia, ese sentido histórico no es más que el sentido mismo del infinito, del flujo, de la función, de la inconmensurabilidad.

Ideas. ¡Qué han de ser ideas las del irrevocable vulgo alfabético y programático! Cuando nos dicen de un hombre que es hombre de ideas, ya nos disponemos a ver en él una cámara de témpanos de hielo infundibles; ¡tal es el frío que en ella hace! Nunca esperamos encontrarnos con el cauce de un río de aguas vivas. De aguas que corran y hasta que se evaporen en bruma.

El espíritu de esos hombres es atómico. Su cabeza suele ser átomo puro.

«El pueblo no entiende de matices—no, decía un agitador político—.» Llamaba pueblo al irrevocable vulgo alfabético y programático. Porque el pueblo, ¡sí! El pueblo entiende de matices. Como que vive no de ideas, sino de símbolos y de pasiones y de emociones. Y por eso el Cristo le hablaba al pueblo en parábolas, metáforas y paradojas, sin un solo silogismo. El silogismo pertenece a la lógica de sistema métrico decimal.

Goethe decía que él era ateo, deísta y panteísta a la vez. Y Rousseau ¿qué era? A ver ¡que le encasillen y clasifiquen a Rousseau esos señores de la estadística religiosa o de la política! ¡Como que por eso hizo una revolución íntima Rousseau! Como no la ha hecho ni la podrá hacer ningún definidor de programa.

Y no, amigo mío, no. ¡Esto no es individualismo e insolidaridad! Esto es sencillamente que los hombres, cuando somos hombres y no números enteros matriculables, somos inconmensurables unos con otros y no se nos puede reducir a sistema métrico decimal. Es que los hombres tenemos que entendernos de otra manera. Para fundirnos unos con otros tiene que fundirse cada uno. Con témpanos no se hace corriente viva.

Eso que llama ideas el irrevocable vulgo alfabético y programático no sirven más que para separar o para encadenar, pero jamás para fundir a los hombres.

Todo esto parecerá a muchos algo abstracto o sobrado metafórico. Creerán que aquí hacen falta la anécdota, la gacetilla, los nombres propios, las fechas, las alusiones personales, la película de la historia. Que ya no es historia. Pues bien, ¡sea! Iremos dando, por vía de ejemplificación, todo eso.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS USA 19...